



El lenguaje político de los españoles ha evolucionado y se ha ampliado notablemente.  
Hoy es rico en improvisación, pobre en precisiones conceptuales, sutil y malpensante, a veces corrosivo y casi nunca ponderado...

# EL LENGUAJE POLÍTICO DE LOS ESPAÑOLES

Por SANTIAGO RODRIGUEZ SANTERBAS

Si un español del Renacimiento, sometido a un hipotético proceso de varios siglos de hibernación, «resucitase» de golpe y porrazo en la España de 1970, muy difícilmente llegaría a comprender y manejar con naturalidad nuestro lenguaje cotidiano, y no sólo el lenguaje erudito o científico, sino incluso el empleado normalmente en las relaciones humanas. Es una perogrullada incuestionable afirmar que no hablamos igual que nuestros abuelos; ciertas expresiones que hace sesenta o setenta años poseían candente actualidad han pasado, de puro rancias, a engrosar la arqueología del lenguaje: nadie habla hoy de «ir a tomar las aguas», de «galantear a una damisela» o de «vestir como un pollo pera». El léxico evoluciona con desconcertante celeridad. Algunas palabras, las que corresponden a conceptos que han sido válidos en cualquier época de la historia («vida», «muerte», «guerra», «dolor», «hambre», «amor...»), parecen disfrutar de eterna vigencia, pero otras son fatalmente efímeras. En todo caso, la perennidad fonética o gramatical de un vocablo no se ajusta rigurosamente a su continuidad semántica; el significado de una misma palabra experimenta sucesivas y frecuentes oscilaciones. El término «libertad» no presenta, en el siglo XX, los mismos valores que en el siglo XVII, y, asimismo, posee diferente sentido si se pronuncia en una tertulia de café, en un noviciado de monjas o en un consejo de ministros.

Esta pasmosa capacidad de fluctuación, esta proteica mutabilidad, no afecta por igual a todo el contenido de una lengua. El léxico taurino, por citar un ejemplo hispánico, apenas ha variado desde los tiempos del legendario Francisco Romero. Por el contrario, la terminología científica ha sufrido asombrosas modificaciones (¿quién utiliza hoy las palabras «autogiro», «epidíscopo», «homeopatía», «aeróstato», «sinapismo»?...); en el universo científico ha surgido la apremiante necesidad de crear nuevos vocablos.

El lenguaje político es, a mi entender, uno de los más afectados por las metamorfosis semánticas.

Si un español renacentista sometido a un proceso de hibernación hubiese sido un notable tratadista político —un fray Antonio de Guevara o un Diego Hurtado de Mendoza, pongamos por caso—, la terminología utilizada por los comentaristas de nuestros actuales medios informativos llegaría a producirle serios quebraderos de cabeza.

Sin ir más lejos, hace simplemente treinta años, el lenguaje político español era distinto al utilizado en nuestros días. Ciertos vocablos —«diálogo», «amnistía», «huelga»— eran tenidos por intocables tabús; otros —«maoísta», «contraste de pareceres», «ministrable»— no habían nacido aún; otros —«capitalismo», «democracia», «liberalismo»— existían ya, pero con diferente valor semántico. Las circunstancias políticas de la recién estrenada posguerra influían decisivamente en el lenguaje, pero también el lenguaje —oficial o extraoficial— configuraba y limitaba los contornos de la realidad social.

Sería muy interesante investigar a fondo las causas de la des-

medida versatilidad del lenguaje político. Pero antes convendría averiguar quién construye el lenguaje: ¿los gobernantes o los gobernados?

El político —el jefe, el gobernante, el líder, sin distinción de tendencias ideológicas— utiliza siempre un lenguaje terapéutico, funcional, orientado hacia objetivos y fines muy concretos y preconcebidos. El político —y en este aspecto su lenguaje presenta cierta coincidencia intencional con el de la pelandusca— va a «lo suyo». Con más o menos rodeos, pero a «lo suyo». A veces, como consecuencia de las modernas técnicas propagandísticas, nos olvidamos de su faz política. Los medios de difusión nos tienen acostumbrados a contemplar al político despojado de sus atributos eminentes; nos muestran a un ejemplar humano sencillo y entrañable, a «un hombre como otro cualquiera».

El lenguaje del político bombardea constantemente los cerebros individuales de los gobernados; es preciso, por tanto, elegir cuidadosamente el calibre y

la frecuencia de los proyectiles. «Todo el que pretenda imponer su dominio al hombre —ha escrito Hannes Mäder refiriéndose a la oratoria en los estados dictatoriales—, ha de apoderarse de su idioma». Para que el lenguaje del político trascienda a las psicologías particulares, deberá existir un previo acuerdo mutuo, una tácita convención lingüística. Ese previo acuerdo, esa indispensable comunicación, ese pacto acerca del significado de los signos, ha hecho posible la existencia, en el más estricto sentido de la palabra, de una auténtica «jerga» política.

Porque el lenguaje político es, ante todo, eso: una jerga, un mensaje en clave, un argot para iniciados, una especie de inestable y precario dialecto de régimen interior condicionado por las respectivas circunstancias sociales e históricas. La célebre expresión «América para los americanos» sólo pudo obtener resonancia en la época del presidente Monroe, opuesto al intervencionismo transcontinental; pronunciarla hoy no deja de ser un trágico y grotesco eufemismo. El «Vivere pericolosamente» del fascismo italiano sería, en la actualidad, una consigna absolutamente impopular. El «No pasarán», lema de la defensa de Madrid durante la guerra civil, se ha convertido en un mero recuerdo histórico y emocional. Cada frase, cada símbolo, cada gesto político, tienen su momento preciso. ¿Qué alemán razonable sería capaz, en 1970, de soportar sin sonrojo los histéricos aullidos de Hitler? ¿Qué valor tiene hoy, para los jóvenes activistas hindúes, el «No violencia, no cooperación» de Gandhi? ¿Qué significan ahora el «Constitución o muerte» de los liberales del siglo XIX, el «King and Country» de los monárquicos británicos, el «Maura, sí» o «Maura, no» de los españoles de principios de siglo, el «New Deal» de Roosevelt, el «Argelie Française» de los «ultras» de la OAS?... La palabra y el símbolo dominan un ámbito concreto —en el tiempo y en el espacio— de la realidad social. Pero esa realidad suele experimentar transformaciones, y, en tal caso, el lenguaje político ha de optar entre transformarse o morir. Se trata de un juego de influjos mutuos: el lenguaje po-



¿Quién construye el lenguaje político: los gobernantes o los gobernados? Es la síntesis dialéctica de un tira y afloja entre el pueblo y el poder.

lítico actúa sobre la sociedad, pero, a su vez, ésta influye sobre aquél y lo modifica. A la postre, el verdadero lenguaje político —no el lenguaje oficial— es la síntesis dialéctica de un tira y afloja entre el pueblo y el poder.

Este extenso y un poco desajustado tropel de prolegómenos me parecía relativamente imprescindible para trazar un rápido bosquejo del actual lenguaje político de los españoles. Se trata, a mi juicio, de un lenguaje que, partiendo de un cierto maniqueísmo excesivamente simplista —los «buenos» y los «malos» del lenguaje oficial de posguerra—, ha evolucionado, por razón de las circunstancias, hasta alcanzar, si no un alto grado de aproximación a una realidad semántica universal, por lo menos una especie de pintoresca peculiaridad expresiva. No me voy a referir, por supuesto, al lenguaje oficial ni a su significado, sino al lenguaje real, el que habla y entiende —o habla sin entenderlo— la inmensa mayoría de los españoles. Este lenguaje presenta, claro está, reminiscencias directas de la época de posguerra; sobre todo, su radicalismo conceptual.

Pero han pasado treinta años. El lenguaje político de los españoles ha evolucionado y se ha enriquecido notablemente. Han surgido nuevos vocablos («castrismo», «conflicto laboral», «tercer mundo»); otros («españollear», «hordas rojas», «masonería») han desaparecido o se hallan en vías de fosilización; algunas expresiones («partidos políticos», «revolución socialista», «oposición») han dejado de ser tabús. Adaptándose a los sabios principios biológicos del «struggle for life», el lenguaje oficial adquirió paulatinamente una cierta elasticidad y amplitud. Hitler había perdido la guerra; los aliados se escindían en dos grandes bloques separados

por el «telón de acero» (el famoso «iron curtain», vocablo inventado al desgairar por Churchill, quien nunca imaginó que una simple metáfora literaria se convertiría en un duradero símbolo político); las fronteras pirenaicas se abrían a la emigración y al turismo, corrientes humanas que, pese a fluir en sentidos opuestos, contribuían ambas a la producción de divisas; los universitarios españoles, influidos por secretas lecturas de importación, iban «politizándose» gradualmente; los primeros «bikinis» hacían su aparición en las costas catalanas; España realizaba gestiones —fructíferas— para ingresar en la ONU; se comenzaba a hablar de la «igualdad de oportunidades», de «tomar partido», del «integrismo», de la «alienación», de la «conciencia de clase»... El lenguaje real de los españoles desbordaba inexorablemente los cauces del primitivo lenguaje oficial. Y éste se vio precisado a ampliar su léxico a la medida de la nueva avalancha de vocablos.

Prácticamente, hoy por hoy, el lenguaje oficial y el real albergan la misma cantidad de términos. Varía simplemente su interpretación semántica.

En definitiva, el lenguaje político de la mayoría de los españoles es un lenguaje rico en significaciones improvisadas, pobre en precisión conceptual, sometido a constante inestabilidad, sutil y malpensante, más intuitivo que lógico, casi siempre ingenioso, a veces corrosivo, casi nunca ponderado. Las circunstancias han hecho que así sea.

He intentado confeccionar un breve vocabulario del lenguaje político de los españoles. No es exhaustivo, ni muchísimo menos. Creo que merecería la pena que alguien llevase a cabo, con todo rigor, una tarea de esta índole. Si, como decía Alfonso X, «el seso del ome es conocido por la palabra», no estaría de más que aprendiésemos a llamar a las cosas por su nombre.

# vocabulario

**ACTIVISTA:** Dícese de la persona que lleva sus teorías políticas a la práctica. Normalmente, esas teorías y esas prácticas suelen ser opuestas al orden público establecido.

**AGENTE:** Generalmente se emplea para designar a un individuo que pertenece a un grupo político clandestino. «Agente del comunismo». «Agente de la masonería».

**AGITADOR:** Algo menos, cualitativamente, que «activista». Ladra, pero no muerde.

**AMNISTIA:** Ahora se utiliza con cierta frecuencia. Es palabra rogatoria y solicitante, y se refiere inequívocamente a los detenidos por motivos políticos.

**ANARQUISTA:** Individuo de mala catadura que pone bombas. Ideológicamente: individuo que pone bombas ideológicas a las ideas.

**ANTISEMITISMO:** Postura de moda durante la posguerra. Han sobrevivido muchos antisemitas, y han aprovechado el conflicto árabe-israelí para sacar a flote, con cierta dignidad histórica, sus fobias raciales.

**BALANZA DE PAGOS:** Nadie sabe exactamente en qué consiste, pero todo el mundo habla de ella. Los tecnócratas afirman que se ha equilibrado gracias al turismo.

**BOLCHEVIQUE:** Término en desuso.

**BURGUES:** Palabra despectiva. Nadie, ni siquiera los mismos burgueses, acepta ser llamado «burgues». Es un término que, semánticamente, se identifica con: «gordo», «estúpido», «reaccionario», «explotador», etcétera.

**CAPITALISMO:** Término ambiguo y peyorativo. Se sabe que José Antonio Primo de Rivera habló mal de los capitalistas. Ahora, para el español medio, la palabra «capitalista» equivale a «richachón», «explotador», «banquero», «burgués», etcétera.

**CARCA:** Cobardón. Reaccionario. Reprimido sexual. Beato. Y algunas otras acepciones menos académicas.

**CASTRISMO:** Neologismo político. Siempre se admiró en España a Fidel Castro (no se sabe si por descender de gallegos, por ser antiguo alumno de los jesuitas o por echarle valor a la vida). Nadie olvida el «Maline».

**CENSURA:** Existía y existe. El español medio la identificaba, desgraciadamente, con el tema erótico. La censura es algo tan inevi-

table como el rocío, la niebla o el viento solano.

**COMISIONES OBRERAS (LAS LLAMADAS):** Organización subversiva. Sus miembros visitan periódicamente el Tribunal de Orden Público.

**CONFLICTO LABORAL:** Huelga. Sentada. Paro voluntario.

**CONTRASTE DE PARECERES:** Neologismo político. Parece aludir a ciertas diferencias gramaticales entre los procuradores en Cortes.

**DEMOCRACIA:** Hace treinta años: libertinaje, anarquía... Hoy: igualdad de derechos y oportunidades. También se dice: «Yo soy demócrata; tomo chatos en el mismo bar que el portero de mi casa». (En algunos casos se confunden «democracia» y «demagogia».)

**DIALOGO:** Todo español que dice: «Voy a dialogar», monologa. El diálogo es un término todavía utópico. La gente habla de «Cuadernos para el Diálogo» e incluso lo lee, pero, desgraciadamente, no dialoga. (Lo siento por Ruiz-Giménez.)

**EXILIO:** Neologismo. Hace algunos años, a los «exiliados» se les llamaba «refugiados».

**FASCISMO:** Neologismo verbal. Hace algunos años era palabra tabú, por recordar excesivamente la fraseología del bando republicano. Ahora se usa sin temor: «Malraux es un fascista». «El pacto de Varsovia ha degenerado en el fascismo». Y cosas así.

**IGUALDAD DE OPORTUNIDADES:** Expresión procedente del estudio de las obras escritas por jóvenes economistas. No suena bien.



**IMPERIALISMO:** Hasta hace poco tiempo, el único imperialismo era el soviético. Ahora se habla también del imperialismo yanqui. La gente identifica vagamente el término «imperialismo» con el término «capitalismo» a nivel internacional.

**INSTITUCIONALIZACION:** A la gente le suena, pero no sabe de qué va.

**INTERVENCIONISMO:** Meterse, a nivel político, en cosas ajenas. Eso molesta íntimamente a los españoles. Hay un cuplé que dice: «Nadie se debe meter/en las cositas que pasan/entre marido y mujer...». De ahí el reconcomio de Gibraltar, claro.

**INTEGRISMO** (ver «Institucionalización»).

**LIBERAL:** Término recuperado para la convivencia política de los españoles. «Ser liberal» puede significar: «no meterse donde no hay que meterse», «dejar a cada cual que haga lo que le dé la real gana», «exigir que no le exijan a uno», etcétera. Por eso, seres sesudos pontifican: «No hay que confundir la libertad con el libertinaje». O bien: «Libertad, sí; pero no anarquía». (El tema requiere más desarrollo.)

**MADUREZ POLITICA:** A las niñas de buenas familias, cuando salían de los colegios de la reverendas madres ursulinas, después de haber terminado el Bachillerato, se les decía: «Ya estáis maduras para la vida». Y las niñas se ponían muy contentas.

**MANIFESTACION:** Grupo de personas cercado por policías a caballo.

**MARXISMO** (léase el artículo adjunto).

**MAOISMO:** Marxismo exacerbado. La «amenaza roja» unida al «peligro amarillo». El español medio sabe que Mao es poeta, que ama el teatro popular y que es casi un anciano. Pero también ha leído en «ABC» los artículos de Luis María Ansón, y eso le embarga de dudas.

**MASONERIA:** Vocablo fósil. En los años cuarenta se decía: «¿Quién es masón? El que está delante de mí en el escalafón». Hoy se considera a la masonería como una especie de sociedad recreativa.

**MINISTRABLE:** Neologismo de rai-gambre popular. El pueblo tiene un olfato muy fino para detectarlos.

**MUNDO LIBRE:** Países no socialistas. Ultimamente, esta expresión está perdiendo contundencia.

**MUNDO (TERCER):** Países proletarios, subdesarrollados, hambrientos, explotados por las grandes potencias y proclives a la revolución. Los españoles se sienten íntimamente satisfechos al tener conciencia de que no pertenecen al «tercer mundo».

**OBRAERO:** Palabra muy vieja. El lenguaje oficial ha intentado sustituirla por «productor», pero sin resultados satisfactorios. En las Magistraturas de Trabajo, cuando se interroga a los demandantes acerca de su profesión, éstos responden: «Obrero» o «Peón». Sólo los cobistas, para adular al letrado de la Organización Sindical, responden: «Productor».

**ORDEN:** «Prefiero la injusticia al desorden». (Goethe.)

**OPOSICION:** Término que provoca evocaciones anglosajonas. Se piensa en el bipartidismo, en la crítica constructiva y en el respeto a las ideas y opiniones ajenas.

**PARTIDOS POLITICOS:** Expresión que, hace algunos años, era considerada como peligrosa. Hoy es, sencillamente, confusa. Hay quien recuerda la agobiante proliferación de partidos políticos durante la segunda República; hay quien identifica «partido» —en abstracto— con la Falange, o con el partido comunista; hay quien defiende la existencia de dos partidos que jueguen, con mínimas diferencias conceptuales, todas las bazas del poder. Hay quien teme no aprenderse de memoria las siglas de los partidos; hay quien se las sabe todas. Y hay, naturalmente, quienes se aprovechan de toda esta maravillosa confusión.

**PRODUCTOR:** Neologismo oficial. Como todos los vocablos inventados a contrapelo, ha tenido poco éxito popular.

**PROGRESISTA:** Todo el mundo se cree progresista, pero todo el mundo teme el contacto con un verdadero progresista. Un verdadero progresista es siempre —aquí y en las Chimbambas— una persona peligrosa; un pseudo-progresista es siempre un perfecto estafador.

**RACISMO:** Ahora nadie es —teóricamente— racista. Es ésta una palabra poco empleada en el argot político español. (Pero,



¿qué opinan los gitanos sobre esta cuestión?)

**RADICAL:** Individuo que se toma en serio sus ideas.

**REACCIONARI:** Versión culta del término «carca».

**REPUBLICA:** Actualmente, forma de gobierno puramente accidental. (Compárense, a título de ejemplo, la monarquía sueca y la república portuguesa.) Antaño tenía otras repercusiones lingüísticas.

**REVISIONISMO** (ver «Integrismo» e «Institucionalización»).

**REVOLUCION:** Suena mal. Es uno de los típicos tabús del lenguaje político. Huele a sangre, a fuego, a muerte, a desorden. (Este vocablo exigiría más amplitud.)

**ROJO:** Preclaro ejemplo de la influencia del lenguaje oficial sobre el lenguaje popular. Aún se utiliza, y su amplitud semántica es como una casa de huéspedes. Dentro del término «rojo» cabe toda una gama de actitudes políticas, que va desde el liberalismo hasta el anarquismo.

**ROJILLO:** Diminutivo intencional de «rojo». Se decía: «Menganito es un poco rojillo». Hace treinta años, la adjudicación del título de «rojillo» no era cosa muy grata.

**SEPARATISTA:** Para el castellano medio un poco lerdo: catalán o vasco. Los verdaderos separatistas nunca se han denominado a sí mismos con tal epíteto; preferían el término «nacionalistas».

**SINDICALISMO:** Algo relacionado con los sindicatos.

**SINDICATOS:** Organos representativos del mundo laboral. También: grandioso edificio situado en el paseo del Prado. Y asimismo: caballo de batalla de don Emilio Romero. Y por último: tema polémico de difícil solución. Lo demás es literatura.

**SOCIALISMO:** Comunismo moderado. Prueba: las barbas de Pablo Iglesias siempre fueron más serias y veneradas que las de Marx. Prueba definitiva: hay socialistas católicos, apóstólicos y romanos.

**SUBDESARROLLO:** Objeto de dudas. ¿Somos, o no, un país subdesarrollado? ¿Somos una sociedad de consumo? ¿Somos teledependientes? ¿Entraremos en el Mercado Común? ¿Invertimos lo suficiente en materia de educación? ¿Cómo anda la balanza de pagos? ¿Somos más altos que hace diez años? ¿Nuestros hijos hablan inglés? ¿Somos tolerantes? ¿Somos europeos? (Todos los neologismos suelen producir confusión.)

**SUBVERSION:** Atentado, más o menos organizado, contra el orden público. También es un término que suena mal, pero es menos agresivo que «revolución» (véase).

**TECNOCRACIA:** Palabra sagrada. Se consideran tecnócratas los ingenieros industriales, los economistas y los peritos mercantiles, aunque no sean miembros del Opus Dei. Es, asimismo, un vocablo de nuevo cuño. El vulgo ve al tecnócrata como hombre frío, bien vestido, limpio, virtuoso, correcto y, naturalmente, «ministrable».

**TERRORISMO:** Arcaísmo lingüístico. Sabater y «El Facerías» murieron hace más de diez años. La gente habla de la «semana trágica», del atentado al recién matrimoniado Alfonso XIII... El vocablo «terrorismo» suena muy mal.

**VERTICALISMO:** Cualidad esencial del actual sistema sindical. Con ella se evita —según se dice— la «lucha de clases». Ultimamente sufre un incipiente y pertinaz descrédito.

(Viñetas del autor.)